

# SUPLEMENTO INFANTIL

## DE

# EL BIEN PÚBLICO

Año II

Mahón 14 de Octubre de 1926

Núm. 111

## El Monasterio de San Lorenzo, de El Escorial

(Conclusión)

El despacho del rey es de un gusto delicado. Las paredes están revestidas de seda azul claro, lisa; el tapizado de las sillas es de la misma seda y tono, con bordados.

El suelo y puertas son de embutidos de ricas maderas con grecas, recuadros, hojas, etc., todo ello en varios colores. El primero también es del mismo trabajo, pero más delicado, y de trecho en trecho, molduras de un admirable dorado realzan esta obra. La mesa es igualmente lujosa y sus labrados representan hechos históricos.

Dejando a un lado las habitaciones de la reina, sala del Trono y demás piezas que omitimos en honor a la brevedad, damos a continuación una rápida ojeada a las habitaciones de Felipe II. Contrastan el lujo y riqueza del palacio con estas piezas del monarca. Sobrias y secas como él, parecen más bien una celda de un monje que no las habitaciones íntimas destinadas al reposo del que un día soñó con domeñar el mundo para en él sembrar la semilla romántica de la religión de Cristo.

Si no es suficiente la arquitectura exterior del Monasterio para conocer el carácter de este monarca, sobra la austeridad de sus habitaciones exentas de todo ornato y pompa que recuerde las banalidades de la Corte de un rey poderoso.

Pobreza es la primera impresión al entrar en estas habitaciones.

Constan de una sala dividida por tabiques en tres departamentos.

El pavimento es de baldosas. Las paredes y bóveda, encañaladas y el único adorno es un friso de azulejos. La pieza destinada a dormitorio comunica con el altar mayor. En ella murió Felipe II, víctima de penosa enfermedad que logró vencer su cuerpo, al fin materia, más no su espíritu, que quedó grabado en el Monasterio.

En sus postreros días, Felipe II oía misa postrado en el lecho.

En su habitación aun se conserva, además de otras curiosidades, la banqueta de cuero con la huella de su pierna (sabido es que padecía de la gota).

Aunque de dudosa antigüedad, la cama donde murió Felipe II es bella por líneas y trabajos.

Hablar del Monasterio de El Escorial sin nombrar su Biblioteca, sería absurdo.

Fue fundada por Felipe II, protector de las Artes y de las Ciencias.

En los ratos que los asuntos del Estado le dejaban libre compañía versos. Aún se conserva una composición suya que principia así:

*Lo que se debe entender,  
fortuna, de tu caudal,  
es que, siendo temporal,  
no puedes satisfacer  
al alma, que es inmortal.*

Cuentan los cronistas que también tenía la vihuela, y si hemos de darle crédito, lo hacía con arte.

Los primeros libros que entraron en esta Biblioteca fueron 4.000 volúmenes, cedidos por el monarca de la suya particular. La puerta de entrada de esta Biblioteca tiene un frontispicio con una curiosa inscripción que fulmina excomunión contra quien sacase objeto o libro de ella.

Muchas colecciones particulares contribuyeron a engrosar el número de ejemplares de dicha Biblioteca.

Ultimamente fue enriquecida con más de 5.000 manuscritos árabes, propiedad del emperador de Marruecos, Muley Zidam.

Para su sostenimiento y adquisición de ejemplares asignó Felipe II una renta anual de unos 2.000 ducados. Más tarde se le concedió privilegio de adquirir gratis un tomo de todas las obras que se imprimiesen en España y sus dominios.

Con tantos elementos debiera ser ésta una biblioteca muy completa; no obstante, no sucede así. Los encargados de adquirir ejemplares no se preocuparon de su deber, y las rentas a ella asignadas tampoco se destinaron a enriquecerla. Y, si se añade a todas estas deficiencias, el incendio ocurrido en 1671, que destruyó obras y ma-

nuscritos de sumo interés, se comprende fácilmente el que no sea la principal biblioteca de Europa.

No obstante, entre impresos y manuscritos existen actualmente unos 45.000 volúmenes. Entre ellos, una gran cantidad son árabes.

Un detalle curioso es que en esta biblioteca los libros están colocados con el corte hacia fuera, que, como está dorado, ofrece una vista original y suntuosa.

\*\*\*

Protestan muchos críticos de la uniformidad de la fábrica del Monasterio. Opinan algunos que el pecado original está en la explanación del terreno, obra de Juan de Toledo, por mandato seguramente, del rey.

El Monasterio sería magnífico, dicen, no adaptado a la línea recta, y construido en un estilo florido, ondulado, amoldándose a las elevaciones y depresiones del terreno.

Criticaron Felipe II por cortarles las alas de la inspiración a los artistas que le presentaban sus planos que él reformaba quitando adornos y dándole al todo su sello de sequedad.

Cuando las necesidades de la Corte le retenían lejos de El Escorial, ordenaba se le diera noticia detallada de todo, y en los casos de alguna importancia se le envían modelos, como así se hizo, y en todos tacha, substituye una curva, quita un adorno...

No olvidarse nunca del carácter. Toda obra de un artista lleva impreso su sello, ya duro, ya espiritual, intranquilo, seco o alegre.

Felipe II era, mil veces se ha dicho, de carácter duro y áspero, austero, y grave. Y este sello tiene su obra.

El Monarca encarga a Herrera el diseño de la portada principal, con estas palabras: «Sobre todo, no olvidéis lo que acabáis de oírme: sencillez en la forma, severidad en el conjunto, nobleza sin arrogancia, majestad sin ostentación. Tened siempre presente que el monumento que queremos erigir a la mayor honra de Dios y gloria de nuestra Santa Madre la Iglesia es, a la vez, un monasterio, un templo y una tumba.»

¿Y qué decir del paisaje que le circunda? Imponente como el mar por su grandeza; pero duro, muy duro. La sierra es áspera, y con sus picos rocosos y agudos parece arañar el cielo, este cielo tan transparente.

Cuando, al finalizar el día, el carro de Febo se oculta tras la alta sierra, el Monasterio, a distancia, se confunde con ella, y entonces no se sabe qué admirar más, si su mole de piedra o la voluntad, más dura que su piedra, que la levantó.

## Bosques y Desiertos

Cuando se tiende la vista sobre las primeras centurias de la humanidad es curioso observar cómo las pequeñas plantas llamadas bacterias y diatermas, ellas tan pequeñas y tan modestas, han podido vivir al lado de gigantes árboles.

Los sabios dados a pensar, pensaron que esas plantas pequeñas crecerían y formarían con el tiempo ¡claro! aquellos árboles. Pero esta combinación tan sencilla de gigantes y pigmeos es necesaria, pues los segundos preparan ¡quien lo creyera! el suelo para los primeros.

Lo primero que hubo en la tierra fueron bosques. De Polo a Polo, dice un sabio, la tierra estaba cubierta de árboles y maleza.

Arboles por todas partes, cualquiera lo creería viendo nuestros campos, canciones de pájaros que no tenían que temer la escopeta de ningún cazador y el sonido zumbador del viento, que siempre ha tenido mal genio.

Muchos de los árboles, a los que la quietud no satisfacía formaron en un ca-

taclismo geológico los grandes yacimientos actuales de hulla, primer elemento para la energía motora.

Como todo pasa, muchos, muchísimos de estos bosques han desaparecido; al hombre le estorbaba tanta hermosura, y hoy una tala, mañana otra, hay comarcas peladas como bolas de billar. Donde con buen acuerdo subsisten en gran extensión es en algunos puntos de Africa, América del Sur y Nueva Guinea.

En Europa, se calcula que había de bosques un 30 por 100 de la tierra, siendo la más adornada de todas las comarcas Finlandia.

Los árboles, aparte el inmenso bien que hacen a la vista, pues nada más hermoso que contemplar una arboleda, se emplean para infinidad de cosas.

Además de construirse con ellos navíos, casas, etc., de hacerse papel con su pulpa, sirven para modificar, la temperatura de un país. Defensores de la Tierra, también los vegetales saben ser caballeros, previenen a ésta contra el sol y evitan su rápida desecación.

Favorecen a hombres y otros animales no sólo con sus frutos ¿y verdad que con esto era bastante?, sino con su sombra, con su poder sobre el clima de las regiones.

Sin embargo de todas estas ventajas apuntadas, hay grandes porciones de tierras que en su desgracia no están cubiertas ni con hierbas, ni con árboles.

Estas tierras son los desiertos; el más conocido es el Sahara, el cual tiene la friolera de 3 000 millas de distancia de Este a Oeste. De Norte a Sur tiene nada más que 600 millas y pico y en arena seca mide cerca de los dos tercios de toda Europa.

Se ha creído durante mucho tiempo que este desierto era bajo, pero tiene un promedio de 2.000 pies de alto y cuenta con montañas que exceden, en algunas regiones de 5.000 pies.

En Asia, existe el desierto de Gobi, vasta y seca extensión de rocas y arenas, aunque no es tan árido como aquel, que sólo ofrece a las fatigadas caravanas algún que otro oasis, pues en verano se llena de pastos donde se crían ganados.

En América, encontraremos en el norte el desierto de Utah, cubierto de arena blanca, árido y seco.

## El origen del Ajedrez

Hacia los comienzos del siglo V de la era cristiana recayó en un joven príncipe la soberanía de un poderoso reino situado cerca de la desembocadura del Ganges. La experiencia no le había enseñado aún que debía tratar a sus súbditos como a hijos y que sólo el amor de éstos era el verdadero apoyo del trono. En vano los brahmanes se empeñaban en enseñarle la verdad. Engreído con su poder y su grandeza, el joven monarca regía el país con mano férrea.

Sissa, hijo de Dahur, el más venerable de los brahmanes, en quien desde la niñez, hasta los sesenta años brilló el es-

plendor de la filosofía y de la sabiduría, vió que en el soberano había virtudes que solamente requerían el cultivo de la razón para despertar y ponerse en acción y angustiado por las miserias que afligían a su patria aquel sabio sacerdote se decidió a indicar al rey las causas de ellas.

Penetrado el filósofo del desprecio en que habían caído los preceptos de moral, por el mal ejemplo que daban los encargados de enaltecerla, se propuso idear un modo de instruir, por el cual, más bien pareciese sus lecciones el resultado del propio razonamiento del príncipe, y no de las reflexiones ajenas.

Con esta mira inventó el juego del Shaik o del Rey. En él hizo que el Rey fuese la más importante de todas las piezas, pero la más indefensa y la de movimientos menos ágiles. La eficacia de las otras piezas estaba graduada de acuerdo con la escala descendente de la respectiva importancia. Era, en suma, el ajedrez actual.

Al principio comenzó a extenderse el juego entre algunos de los personajes de la corte; más la fama de su inventor hizo que pronto se popularizase. Esto llegó a oídos del monarca, que, curioso, mandó llamar al propio Sissa para que se lo enseñara. El sagaz brahman, que con esto vió cumplido su plan y satisfecho su deseo, no desperdició en el curso de sus lecciones de demostrar como en la vida, lo propio que en el ajedrez, el rey, depende, al mismo tiempo que de las piezas más importantes, de los simples peones. Le demostró, también, la necesidad de ser prudente, de reflexionar para vencer las dificultades que surgen a cada paso. Y el monarca, que era hombre inteligente y capaz de virtuosos sentimientos, se aplicó a sí mismo la moral que descubría en aquel juego, y reformando su conducta bien pronto hizo feliz a su pueblo.

Deseoso en consecuencia de recomendar al brahman por el bien que le había hecho, díjole un día que le pidiese lo que quisiera. El brahman, que era tan buen aritmético como filósofo, le contestó:

—Lo único que os pido son los granos de trigo a que suba la cuenta de las casillas del tablero que empleamos en el nuevo juego, empezando a contar uno en la primera, dos en la segunda, cuatro en la tercera, ocho en la cuarta, dieciséis en la quinta y, así doblando siempre la cantidad, hasta terminar con la sesenta y cuatro casillas.

Atónito se quedó el Rey al ver lo moderado y extraño de la petición, y, sin dudar un momento, accedió a la demanda; pero cuando sus tesoreros le hicieron la cuenta de la donación, hallaron que las rentas totales del Rey estaban lejos de bastar para llevarla a cabo. Anunciaron, en efecto, que para pagarle al brahman lo prometido, habría sido necesario que el Reino tuviese, en números redondos, 82.000 ciudades; que cada una de éstas tuviese a su vez diez mil graneros, y que el contenido de cada granero fuese de cien mil medidas, de cien mil granos cada una. Y aun así

quedaría por pagar un saldo considerable.

Entonces el monarca llamó al bracman para hacerle presente la imposibilidad absoluta de cumplir lo prometido. Y el bracman aprovechó la oportunidad para amonestar al Rey e indicarle cuán necesario era guardarse contra las malas artes de los que le rodeaban y para demostrarle qué cauteloso debía ser un monarca para no dilapidar sus rentas, haciendo concesiones sin medir bien su alcance.

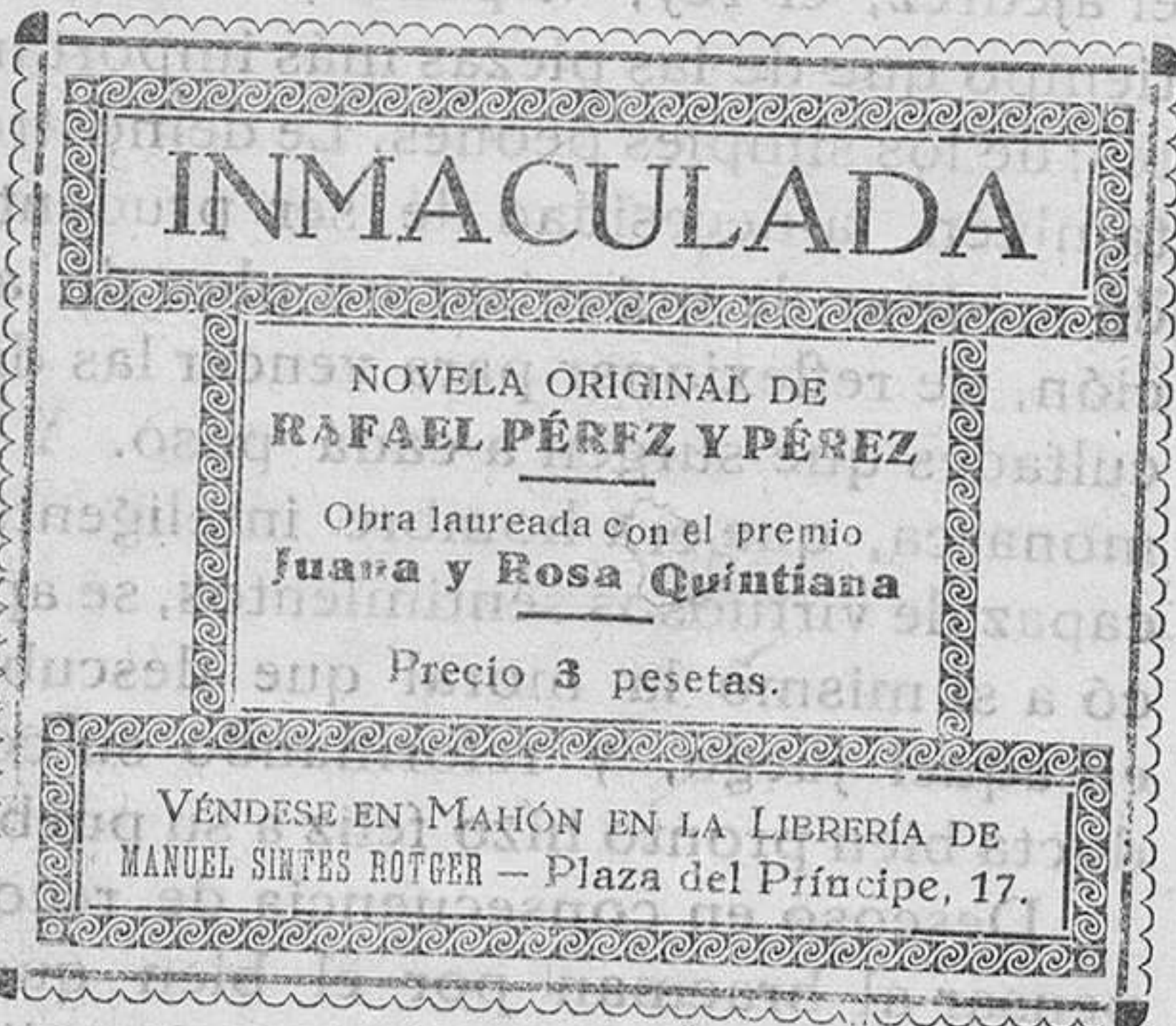
## UN TROZO DE LA VIDA DE WAGNER

En el Monte de Piedad, de Venecia, se encuentran unas papeletas históricas, aquellas en que constan el empeño que en 1858 hizo de un reloj de bolsillo, de una tabaquera y de una bombonera, Ricardo Wagner. Este acababa de llegar a la ciudad de las Lagunas, y se encontraba en una situación apurada, por más que contase entre sus amistades a personas ricas. Irritado por su lucha áspera y constante contra la necesidad, Wagner decidió irse de Venecia, trasladándose más tarde a Lucerna, donde sus asuntos no anduvieron mejor, y en un acceso de melancolía, escribió:

«Me arrastro aquí ante la niebla de mis pensamientos y no se trabajar.»

En una carta a Listz habla de establecerse en París, y añade:

«Los buenos alemanes pudieran bien ahorrar esta última humillación al más alemán de sus compositores de música teatral.» En otra carta hablaba del propósito de irse a Nueva York en busca de medios de vida. En Suiza quejándose del aislamiento en que lo dejaban los amigos: «Mis amigos me creen acaso feliz... Yo no puedo enfadarme con ellos; sin embargo, en la situación en que me encuentro, me siento el más feliz de los compositores de música.» En tal situación compuso el tercer acto de *Tristán e Isolda*.



ROLLETIN DE EL BIEN PUBLICO

## INMACULADA

POR RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

(6)

nica... Su madre, a ratos se preocupaba y a ratos se reía... Marisa tenía una salud a toda prueba; su robustez era hasta excesiva. Como que estaba demasiado gruesa y apelaba a medios reprobables (como el de no comer bastante para elegantizar su silueta); era rica y tenía su correspondiente serie de pretendientes, a los que alejaba invariablemente con sus ironías y sus burlas un poco pesadas. La madre, asustada, se decía que los espantaría a todos y que a la postre se iba a quedar para vestir imágenes. Y como por añadidura, no era bonita... No, no lo era a pesar de los artificios de tocador y de la refinada elegancia del vestido. En cambio, Virginia, la hermana mayor, era una perfecta y hermosa criatura. Marisa le envidiaba el cabello rubio, luminoso y rizado, los ojos violeta sombreados por las pestañas largas, la figura impecable de líneas clásicas, la venusta esbeltez de aquel cuerpo tan seguro de todos sus armoniosos movimientos; le envidiaba la palabra fácil y graciosa, la risa alegre y juvenil, la bondad ingenua de su co-

## FESTIVALES DE TEATRO EN HEIDELBERG

Siguiendo el ejemplo de la histórica ciudad de Salzburgo, donde cada verano Max Reinhardt, el célebre director de escena alemán, dirige una serie de representaciones extraordinarias de obras clásicas y modernas, Heidelberg ha celebrado ya este año en el marco de su Palacio y de sus románticas ruinas, un festival dramático, cuya resonancia artística ha sido grande en toda Alemania. Estimulados por el éxito obtenido y aprovechando la circunstancia de verse la ciudad de Heidelberg visitada todos los años, durante el verano, por más de 100.000 forasteros, los organizadores han decidido dar a los festivales del año próximo carácter internacional. A este fin serán representadas en lengua alemana y por los mejores actores y actrices del teatro alemán obras como el *Fausto*, de Goethe, y *El sueño de una noche de verano*, de Shakespeare, familiares a todos los públicos cultos del mundo. Las representaciones de *Fausto* tendrán lugar en el gran salón del Palacio Bandhaus, y las de *El sueño de una noche de verano* en el patio del castillo arruinado. En ambos casos, la realidad se encargará de proveer las más fantásticas y apropiadas decoraciones.

## CUENTO

### Los viajeros bondadosos

Hace muchos, muchos años, habitaba en un rincón de Rusia, en humilde casita cerca de un bosque, una familia católica. Era cuando los buenos campesinos llamaban aún a su soberano, con cariñoso respeto, *nuestro padrecito el Zar*.

Componían aquella familia — feliz entre tantos desdichados, porque practicaban la única verdadera Religión en aquel gran país, tantos siglos hace separado del recto camino del cielo — el buen Iván y sus tres hijos: Vladimiro, Xonia (Sofía) y Alejo.

Los tres niños eran muy virtuosos y querían mucho a su padre, ayudándole los varoncitos cuanto podían en su oficio de leñador, mientras Xonia era una encantadora y hacendosa amita de su casa.

El padre la miraba muchas veces, enjugándose a escondidas las lágrimas, porque cada día le recordaba más a su buena y querida esposa, que un año antes había muerto como una santa bendiciendo a sus hijos y prometiéndoles velar por ellos desde el cielo.

Una tarde Iván sintióse enfermo en el bosque y con gran trabajo pudo volver a su hogar.

—Padrecito le dijo Vladimiro —, vamos a llamar al médico.

—No, hijitos; esto no es nada; no quiero que os esponzáis. Hay ya mucha nieve...

Pero transcurrieron dos días y el enfermo no mejoraba, a pesar de los cariñosos cuidados de sus hijos. No quería guardar cama y pasaba las horas tendido en la gran estufa, cerrados los ojos, inmóvil, ora tiritando, ya ardiéndole la frente y pidiendo agua con voz débil.

Los niños le contemplaban en silencio, muy tristes; Xonia oraba.

Vladimiro, de pronto, se puso en pie.

—Es preciso — dijo — ir en busca del médico. Papá no mejora y tengo miedo. Iré yo en el trineo para llegar antes.

—Te acompaño — añadió Alejo.

—No, querido; quédate con Xonia.

—Mejor es que vayáis los dos, hermanito mío — dijo la niña —, yo no tengo miedo.

Antes de partir los valerosos muchachos, arrodilláronse los tres hermanitos ante el sencillo icono de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro — tan venerada en Rusia aún entre los cismáticos —, y unieron sus puras voces recitando con fervor el Ave-María. Luego besaron a su padre, que parecía dormido profundamente. Xonia les hizo cariñosas recomendaciones y los abrazó con ternura.

—Protégelos mamá — dijo sollozando, fijos sus ojos en el Cielo, cuando Vladimiro hizo restallar el látigo. Volvióse luego al lado de su padre, se puso a coser y oraba, entre tanto, muy bajito, para no despertar al enfermo.

Los dos niños iban camino de la aldea. No estaban lejos y el viejo caballo, animado por los gritos de Vladimiro, corría cuanto le era posible. Bien pronto se detuvo el trineo ante la casa del médico. Pero éste hallábase ausente desde muy temprano y hasta la noche no regresaría.

—¿Qué hacemos, Vladimiro? — preguntó Alejo casi llorando al escuchar la desconsoladora nueva —. ¿Decir que vaya mañana?

—¡Oh no! — repuso con decisión el niño —; vamos en busca de otro. Apenas son las once y no está muy lejos el gran pueblo adonde papá nos lleva para oír misa. Yo conozco bien el camino. Hablaremos con el señor Cura, que tan bondadoso es, y él nos recomendará al médico mejor y hasta es posible que vaya él a visitar a papá, que se alegraría tanto de verle...

Y mientras hablaba, delizábase rápido el trineo sobre la nieve.

De pronto empezó a nevar. Eran leves copos que descendían lentamente; mas luego fueron grandes, cayendo rápidos y espesos; se borraron en breve todos los caminos y los pequeños halláronse desorientados, perdidos en la triste soledad del campo.

A lo lejos, muy lejos, lúgubre, fatídico, interrumpió el silencio el aullido de un lobo. Los niños se miraron, reflejado el espanto en sus claras pupilas. El caballo apenas podía ya caminar y los dos hermanitos, medio muertos de frío y de miedo, pensaban en su padre y en Xonia, temiendo no verlos más.

Al galope de los tres fogosos caballos, un magnífico trineo alcanzó el de los niños. Vladimiro y Alejo habíale visto acercarse, dando gracias a Dios. Sin duda aquellos buenos señores se compadecerían de ellos, librándoles de morir helados o entre las fauces de los lobos. En efecto; los viajeros, un respetable anciano y una hermosa dama, mandando al cochero detener el trineo, preguntaron a los pequeños por qué se hallaban de camino a hora tan intempestiva.

de nuestra prima? — dijo lenta y fríamente Montellano, mientras con un gesto rechazaba la taza de té y las pastas que le ofrecía su hermana menor. — No, gracias, dáselo a Lemus; he tomado café hace un momento...

—Si, ya sabemos que va a venir con nosotros una temporada — dijo afablemente Virginia —. Es una prima hermana por parte de mamá...

—¿Una prima de ustedes? — preguntó Lemus con extrañeza —. No sabía que tuviesen ustedes primas hermanas...

—Es hija de tía Magdalena — explicó brevemente Virginia —; pero no la conocemos; ha nacido y se ha criado allá en un pueblo de la Montaña...

—¡Vaya una adquisición! — estalló Marisa desahogando su malhumor —. Alguna aldeanilla cursi, mal criada y rústica que, si hemos de creer lo que dice el notario, será milagro que sepa hablar. Tal vez sea posible que tenga usted que enseñarla a escribir, miss Harvet, y a leer, y a sumar. ¡Un encanto!

—Yo lo haría con mucho gusto si fuese menester — aseguró la excelente buena acción el prestar mi modesta ayuda a cualquiera que la necesite. Pero no hay que exagerar las cosas; yo no creo que la señorita, su prieta, esté en tan gran estado de incul-

Habló Vladimiro, y era tan candoroso su rostro, puso en sus sencillas palabras tan tierno amor filial que, conmovida la dama, dijo al caballero:

—¡Pobrecitos! Vamos a llevarlos a su casa y reconocer al padre, ¿quiereis?

Y el anciano contestó:

—Ya sabes que mi mayor gusto es complacerte.

Asombrada Xonia al ver llegar a sus hermanos con aquellos señores tan elegantes, corrió a su encuentro gozosa.

Y mientras el doctor reconocía detenidamente a Iván, le hizo acostarse y le dió una medicina de de su botiquín, la niña preparaba el té que sirvió a los viajeros.

Quisieron luego continuar el viaje, más ante los ruegos de los agradecidos hermanitos, aceptaron sus pobres, pero limpios lechos, obligándoles en cambio a compartir su exquisita cena, pues llevaban abundantes provisiones para el largo camino.

Acostáronse los pequeños en la estufa, quedándose al momento dormiditos. Ya era de día cuando despertó Xonia y, yendo a llamar a los viajeros, según le habían rogado, quedóse muy sorprendida. Habían partido, dejándole una cariñosa carta y un bolso lleno de dinero.

—Xonia — llamó Iván desde su lecho.

—Papaño querido, ¿cómo estás? ¿te encuentras mejor? — preguntó la niña, besando su frente.

—¿Acaso estuve enfermo, hijita mía? No recuerdo... Estoy bien, completamente bien.

Era cierto, por dicha. ¡Iván se hallaba curado como por mano de Santo!

Xonia y sus hermanos creyeron entonces, rindiendo por ello humildes gracias a Dios, que sus misteriosos protectores eran la Virgen Santísima, San José y un ángel que bajaron del Paraíso para socorrerlos y devolver la salud a su papá querido, atendiendo a las súplicas de su buena madre que no los olvidaba.

MARÍA BERTA QUINTERO

## SALDO DE CHISTES MALOS

Una señora llega muy sofocada a casa del médico, diciendo:

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo! ¡Qué desgracia!

Y dice el médico:

—Señora, apacigúese, ¿qué le sucede?

—Que mi hijo se ha tragado una peseta, y no tengo otra para comprar la cena.

—Pues buen remedio, cómase usted al chico.

—¿Cuál es el colmo de un cocinero?

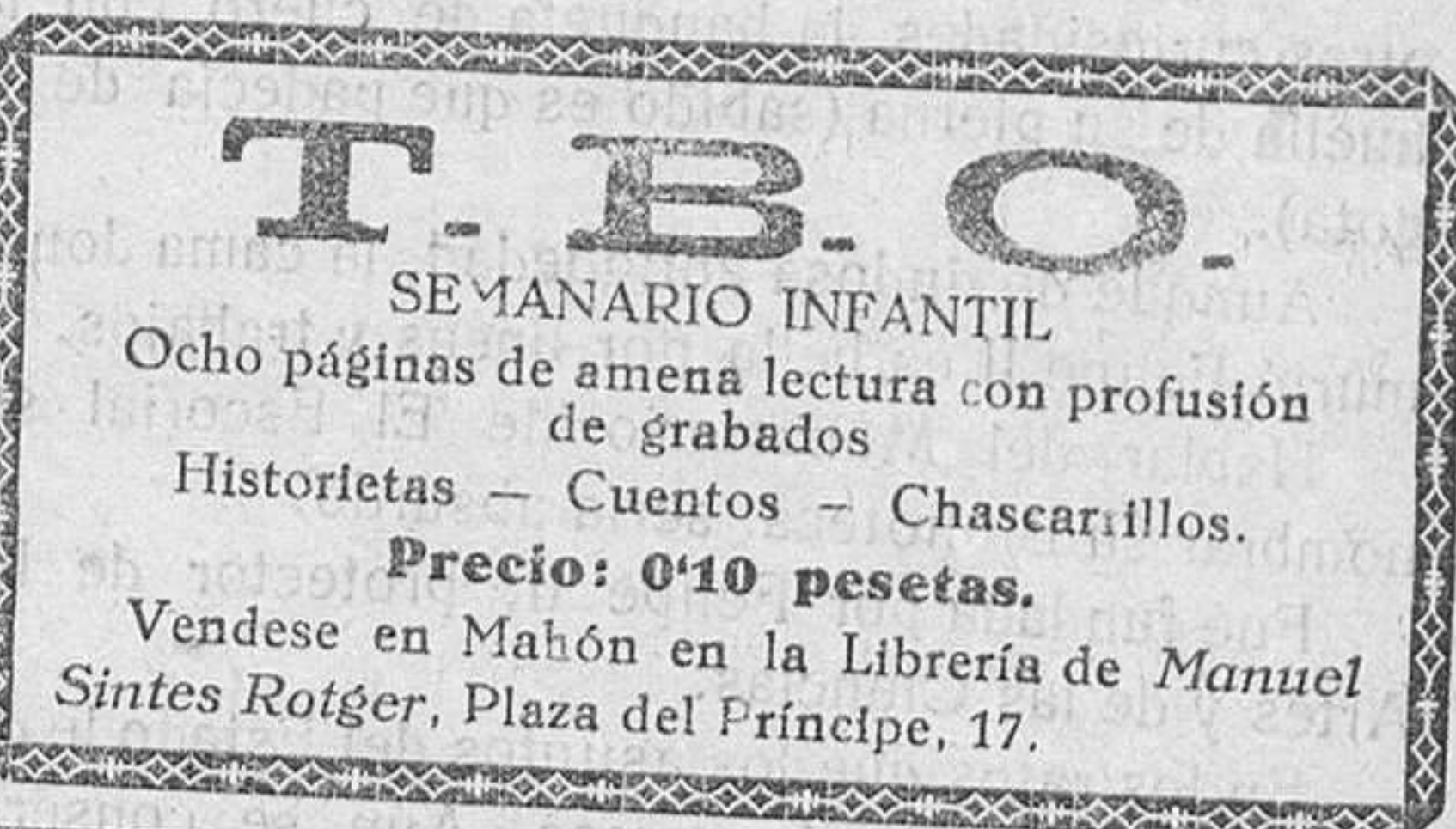
—Guisar los callos... de sus pies.

—Y el de una modistilla?

—Usar en sus labores el metro... político.

—¿Qué cosa es la que cuanto más grande menos se vé?

—La oscuridad.



Imp. de Manuel Sintes Rotger. — Plaza del Príncipe, 17.

pre tuvo para la acuarela una gran facilidad, y este paisaje de tonos suaves se presta más a ella que a un lienzo al óleo.

—Es muy tarde ya, miss; dentro de nada no habrá luz. ¿No le parece a usted mejor mañana?

—Mañana ya no será pintar al natural, habrá usted de recurrir a su memoria para reproducir el cuadro. Debía usted, por lo menos, manchar el fondo; recoger esos caprichosos tonos de luz, ese colorido especial del cielo entre azul y naranja, que es lo notable, lo impresionante del conjunto.

—Si, verdaderamente es la única nota nueva; lo demás es uniforme y está ya visto. Voy por los colores y el papel.

Marisa acababa de tomarse la segunda taza de té, cuando Lemus y Agustín aparecieron por el extremo de la terraza; la muchacha se suavizó un poco al ver al Ingeniero, quien tenía el poder o la habilidad de saber llevarle la corriente, por lo cual la arisca muchacha le distinguía. Pepe Luis acudió al reclamo de la voz de Agustín, sentándose con su ayuda en un sillón cercano.

Ya, entretanto, Virginia había vuelto con sus pinceles, y a grandes trazos dibujaba con lápiz los rasgos generales del cuadro.

—¿Estáis ya enteradas de la decisión de mamá sobre la venida a casa

razón, y, sobre todo, le envidiaba el novio. Ese, marqués de Henestrosa, tan guapo, tan inteligente y tan formidablemente enamorado. Su hermana sería marquesa; para la frívola chiquilla esto era el colmo de la dicha humana... ¡Vestía tanto!... Y probablemente no admiraba en Ignacio Henestrosa ni su inteligencia, ni la gloria de su abuelo, ni hasta la brillante carrera que le colocaba en plena juventud en cierto aventajado puesto diplomático. Lo único que la seducía era el marquesado; es decir, el derecho de poner la corona y el escudo en las portezuelas de sus coches, en las mamparas de sus casas, en las libreas de su servidumbre... Hubiera sido un rematado tonto y le habría admirado igual.

Cerca de la mesita de té, con un libro entre sus manos, Virginia estaba recostada en un sillón japonés, distraída y con frecuencia para echar una mirada al paisaje donde los tonos fuertes del sol de primavera se iban tornando róseos al acercarse al crepúsculo.

—¡Vaya una puesta de sol bonital — murmuró como para sí misma, entornando los ojos sobre el pinar en blanda y amorosa oscilación.

—Podía usted pintarla — insinuó miss Harvet, quedamente desde su silloncito, donde como buena inglesa, enemiga de perder su tiempo, trabajaba en un bordado exquisito. — Usted siem-